



04/02/2002

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA PRESENTACIÓN DE LA REEDICIÓN DEL LIBRO *HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA*, DE RAFAEL ALTAMIRA

Madrid, 04-02-2002

Señoras y señores,

La figura de Rafael Altamira, como hemos escuchado aquí, ofrece muchas buenas razones para ser recordada, tantas, yo creo, que bastaría con destacar una sola de sus ocupaciones para apreciar su valía, porque no se tiene todos los días la oportunidad de recordar a un español propuesto en dos ocasiones, nada menos, al Premio Nobel de la Paz, y tampoco de rememorar a un jurista español que contribuyó a la creación de la Sociedad de Naciones y que trabajó veinte años como juez titular del Tribunal Internacional de La Haya.

Son pocas también las veces en que se puede reivindicar a un pedagogo español que, como primer Director General de Enseñanza Primaria en España, introdujo la escuela graduada, que era una de las grandes y necesarias reformas de nuestra enseñanza en el siglo XX. Como no ocurre siempre la ocasión de evocar a un historiador español que contribuyó, de manera capital, a la renovación de los estudios históricos en nuestro país, con una visión integradora del pasado que, para muchos expertos, anticipa lo que son hoy corrientes plenamente aceptadas y desarrolladas por la historiografía contemporánea.

Hoy nos referimos a una figura que reúne todas estas facetas y que puede ser considerado, por todas y por cada una de ellas, una de las personalidades intelectuales de mayor estima para todos nosotros.

Al recordar a Rafael Altamira en el cincuentenario de su muerte en México, no puedo por menos que decirles que creo que estamos cumpliendo un acto de verdadera justicia. Me refiero a la justicia que supone devolver a su lugar en la memoria de los españoles, siquiera con la palabra autorizada de todos cuantos han intervenido hoy, una figura que hizo de la erudición una expresión de patriotismo.

El Altamira pedagogo, historiador y jurista nos ofrece mucho más que un modelo intelectual del Regeneracionismo. Fue, sin duda, uno de los más activos representantes

de la elite reformadora de la Edad de Plata; pero su ejemplo trasciende con mucho los afanes por restañar las heridas del Desastre.

Creo que Altamira, sea por aquel optimismo del que hizo gala siempre, sea --y esto no sería de extrañar-- porque quizá sabía más que los otros, nunca concibió a España como problema y, mucho menos, como un problema irresoluble. Si Altamira hubiera pensado que España era un problema sin solución, hoy sencillamente no estaríamos aquí, porque toda su obra como historiador responde no sólo a la confianza en las capacidades y aptitudes de España, sino también a la convicción de que nuestro país podía y debía desempeñar un papel creciente en la Comunidad de Naciones a favor de la paz y a favor del progreso.

Altamira consideraba --en mi opinión, con razón-- que España no era ni más ni menos diferente que el resto de las naciones; que España no tenía cuentas pendientes con la Historia, ni estaba maniatada por atavismos, ni era prisionera de ninguna maldición histórica. Creo que ésta es una de las lecciones de Altamira que hoy se nos manifiestan con más claridad y mayor vigor.

Altamira creía en una nación que, a lo largo de la Historia, había realizado aportaciones insustituibles al progreso de la Humanidad. Dicho de otro modo, España podría presentar una meritoria "hoja de servicios a la civilización general", como él mismo decía, y estaba convencido de que podíamos seguir completando aquellas contribuciones.

A pesar de todo, Altamira sabía prevenir de los discursos de quienes ocultaban los problemas reales del país que, como buen institucionista, achacaba esencialmente al grave déficit de nuestra enseñanza, pero asimismo recelaba, y mucho, del pesimismo exagerado, porque sabía que solamente contribuía ese pesimismo a restar afanes y fuerza a esa modernización que tanto deseaba.

"Restaurar el crédito de nuestra Historia", según sus propias palabras, fue para Altamira la principal meta de su tarea como historiador. La "Historia de España y de la civilización española", que aquí se ha presentado, fue su mayor contribución a la revalorización de este crédito.

Altamira también tuvo muy presente que uno de los mayores lastres que pesaban sobre los españoles tenía relación con el modo limitado con que habían tomado conciencia de la Historia de España. Ni la evocación de glorias pasadas, ni la lamentación por las oportunidades perdidas, podían servir para que los españoles recuperaran la autoestima y la confianza en sus propias capacidades.

Una aproximación serena y ecuánime al pasado de España era para Altamira la condición fundamental para tomar conciencia de la propia valía de nuestra nación, a través de la reivindicación de aquella España cruce de pueblos y de culturas, que había sabido ofrecer su propia contribución al ideal de civilización.

Afortunadamente, hoy son muchos los motivos razonables para que los españoles podamos mirar sin complejos hacia el pasado. También son numerosas las pruebas que indican que la historia de España es un saber que no se ha depreciado, sino, todo lo contrario, se ha enriquecido y multiplicado dentro y fuera de nuestras fronteras. No

podemos dejar de reconocer que este interés creciente ha contribuido a que el conocimiento de nuestra historia, incluso de la más cercana, sea hoy una garantía de convivencia.

Pero, desgraciadamente, también sabemos que no han desaparecido aún los riesgos, de los que alertó el propio Altamira, acerca de una utilización de la Historia y su enseñanza como instrumento para fomentar el desprecio o el odio. Quienes utilizan la Historia como piedra arrojadiza ponen en evidencia, al final, una enfermiza nostalgia por la caverna, bien distante de la cultura que se dice humana y civilizada.

Altamira no eludió en su obra el propósito de responder a una pregunta clásica: ¿qué somos los españoles?

Yo creo que ni entonces ni hoy existe, y nadie puede pretender, tal vez, que exista, una respuesta uniforme a esa pregunta. Cada uno tiene una respuesta diferente, tal vez por su experiencia personal, por su sensibilidad cultural o por su asimilación de la Historia. Pero de lo que sí debemos estar seguros es de que vale la pena sumar todas nuestras respuestas; vale la pena sumar todas esas formas diferentes y libres de ser españoles, porque en esa suma está la garantía del futuro de todos nosotros.

También sabemos que Altamira proponía en el fondo una formulación más ambiciosa sobre el debate de la identidad. No se trata de conocer qué somos los españoles solamente; se trata de saber, sobre todo, qué somos capaces de aportar hoy al mundo los españoles.

Altamira tenía plena conciencia de que el mundo se acercaba al fenómeno de la globalización, que hoy vivimos en toda su plenitud. España debía tomar parte en ese porvenir, como nación plural y democrática, a favor de la libertad, de la justicia, de la tolerancia, del respeto a la vida.

Pero la nación que debía abrirse al futuro no podía ser, de ningún modo, una España desmemoriada, ni mucho menos una España obsesionada en considerar sus problemas como una sempiterna expiación del pasado. Debía ser una nación de ciudadanos libres, conscientes de la riqueza de su pluralidad, en la que nadie pretendiera hacer de la diferencia un motivo de exaltación frente a los otros; una nación convencida de que ser y llamarse España no debía ser nunca más un demérito, ni siquiera un privilegio, sino una cuestión normal, definitivamente normal y, por fin, normal.

Yo quiero agradecer, al terminar estas palabras, muy especialmente a la familia Altamira el que haya legado la obra de su muy ilustre abuelo, que justamente recordamos, a la Residencia de Estudiantes.

Muchísimas gracias y buenas tardes a todos.